

¿Qué relación debe haber entre la catequesis y el magisterio ordinario?¹

Emilio Alberich²

En el ejercicio de la catequesis más de una vez surge la cuestión de su relación con las expresiones del magisterio ordinario de la Iglesia (encíclicas, exhortaciones, mensajes, pronunciamientos de los dicasterios romanos, etc.). Por lo general, se trata de cuestiones relativas a los *contenidos* de la comunicación catequética. Nos preguntamos: ¿la catequesis debe o puede tomar en cuenta las tomas de postura del magisterio respecto a la catequesis? Si es así, ¿debe hacerlo sistemáticamente y según qué condiciones? A estas preguntas quisieran responder de alguna manera las reflexiones que siguen.

MAGISTERIO Y CATEQUESIS: AFINIDADES Y TENSIONES

Es evidente que la catequesis, en el ejercicio normal de su cometido y en cuanto acción esencialmente eclesial, se mueve siempre bajo la dirección y tutela de la autoridad de la Iglesia, y viene por tanto regulada, en su ejercicio y en sus contenidos, por el magisterio eclesial.

¹ El artículo original fue publicado en francés en: E. Alberich, *La catéchèse et le magistère ordinaire, quelle relation?* en «Lumen Vitæ 54, 2009, n.º 4, pp. 435-446. Desde la redacción de «Sinite» damos las gracias a nuestra revista amiga por las facilidades dadas para la publicación de este artículo.

² Profesor emérito de catequética de la Universidad Pontificia Salesiana de Roma. Presidente de la Asociación Española de Catequetas (AECA).

Pero ha habido ocasiones en las que la relación del magisterio con la catequesis no ha sido muy pacífica. Podemos recordar algunos momentos críticos en los que la intervención de las autoridades eclesiásticas ha puesto de manifiesto algunas reales o aparentes discrepancias entre el magisterio y las realizaciones o instrumentos de la catequesis. Algunos ejemplos:

La polémica suscitada por el llamado «*método de Munich*», o «inductivo», o «psicológico», en los comienzos del siglo XX en Alemania y Austria, que trataba de aplicar a la enseñanza religiosa el proceso didáctico de los grados formales de Herbart. El nuevo método fue acusado de incongruencia con el principio de la fe, de menosprecio del dogma y de la gracia³.

La crisis del movimiento catequístico francés en los años cincuenta, a raíz de las publicaciones de F. Derkenne y J-M. Digeon y del *Catéchisme progressif* de Joseph Colomb que, aplicando a la catequesis infantil indicaciones procedentes de la pedagogía y psicología evolutivas, introducía el principio de la gradualidad en el desarrollo de los contenidos catequísticos. Todo esto provocó una fuerte polémica, culminada con la intervención del Santo Oficio y con una severa toma de posición de la competente comisión del episcopado francés⁴.

Los conocidos problemas provocados por la aparición, en 1966, del *Catecismo Holandés* de adultos.

La discusión provocada en Alemania por el libro de H. Halbfas «*Fundamentalkatechetik*» en 1968⁵.

Las vicisitudes vividas por el libro «*Pierres vivantes*» de la Conferencia Episcopal Francesa.

³ Cf. A. Gleissner, Die Münchener Methode im Spiegel zeitgenössischer Auseinandersetzungen, «Katechetische Blätter», 112, 1987, p. 431.

⁴ Cf. G. Adler - G. Vogeleisen, Un siècle de catéchèse en France 1893-1980. Histoire - Déplacements - Enjeux, Paris, Beauchesne, 1981, pp. 208-224 («L'épreuve: la crise catéchétique de 1957»).

⁵ H. Halbfas, Fundamentalkatechetik. Sprache und Erfahrung im Religionsunterricht. Düsseldorf, Patmos-Verlag, 1968.

La crisis, en América Latina, de los programas de SERPAL, especialmente de la serie «*Un tal Jesús*»⁶.

La polémica suscitada, en los Estados Unidos, por el catecismo de A. J. Wilhelm «*Christ among us*» en 1967, con intervención de la Congregación para la Doctrina de la Fe⁷.

Las famosas conferencias del cardenal Ratzinger, en Lyon y París (1983), que ven en la preocupación metodológica (o «pedagógico-antropológica») de la renovación catequética postconciliar un riesgo contra la integridad y ortodoxia del mensaje⁸.

Se puede observar que los problemas reseñados están relacionados sobre todo, de una manera u otra, con los *contenidos* de la catequesis. La autoridad de la Iglesia parece siempre muy preocupada porque sean salvaguardadas la *integridad* y la *ortodoxia* de los contenidos catequéticos. Por eso, se puede decir que es, sobre todo, la *instancia magisterial* la más interesada e involucrada en los problemas relativos al ejercicio de la tarea catequética.

Hay una queja en el *Directorio General para la Catequesis*. Éste, al describir la situación concreta de la catequesis, afirma que «la interrelación entre la Sagrada Escritura, la Sagrada Tradición y el Magisterio, “cada uno a su modo”, no fecunda aún de modo armonioso la transmisión catequética de la fe» (DGC 30).

LA ESENCIAL DIMENSION ECLESIAL DE LA CATEQUESIS: LUCES Y SOMBRAS

Partimos en nuestras reflexiones reafirmando la convicción de que la catequesis es siempre acción *eclesial* y experiencia de Iglesia:

⁶ J. I. y M. López Vigil, *Un tal Jesús*, Salamanca, Lóguez Ed., 1982, 3 vols.

⁷ Cf. B. L. Marthaler, *The Cardinal and the Catechism*, «*The Living Light*», 21, 1984-851, pp. 32-42.

⁸ Cf. J. Ratzinger, *Transmisión de la fe y fuentes de la fe*, *Actualidad catequética*, 1983, 112/113, p. 399.

«La catequesis es una acción esencialmente eclesial. El verdadero sujeto de la catequesis es la Iglesia que, como continuadora de la misión de Jesucristo Maestro y animada por el Espíritu, ha sido enviada para ser maestra de la fe» (DGC 78).

Es la dimensión *eclesial*, esencial y constitutiva, de la catequesis. No es concebible un ejercicio de la función catequética que no remita a la Iglesia como a su polo referencial indiscutible:

«Sean cuales sean las condiciones en las que se efectúe la catequesis, es siempre la Iglesia la que catequiza»⁹.

Y esto es importante recordarlo hoy, pues hay muchos cristianos que ignoran o prescinden tranquilamente de la *dimensión eclesial*. El magisterio eclesial lo denuncia claramente:

«La existencia de un «baño eclesial» es particularmente determinante en un contexto en el que todo lleva a vivir una relación individualizada con Cristo. Muchas personas vienen a la fe o viven de la fe sin dar importancia a vivir la fe en el seno de una comunidad»¹⁰.

Como servicio de la palabra de Dios, la catequesis queda necesariamente marcada por el carácter de *eclesialidad* de la palabra y de la fe. De ahí, que tenga que referirse siempre a las condiciones de legitimidad de la palabra de Dios en la Iglesia.

Todo esto hace ver la necesaria implicación del magisterio eclesial en el desarrollo de la función catequética. De hecho el *Directorio* se mueve todo él en la perspectiva de una función esencial del magisterio de la Iglesia en la conducción de la catequesis (cf. DGC 1-13) y hace alusión a los documentos sobre la catequesis y otras expresiones del magisterio —en especial

⁹ Conférence des Évêques de France, Texte national pour l'orientation de la catéchèse en France et principes d'organisation, Paris, Bayard-Centurion / Cerf / Fleurus-Mame, 2006, 1.1.

¹⁰ Conférence des Évêques de France, Texte national, 1.6.

las encíclicas y exhortaciones apostólicas— que ofrecen directrices y contenidos especiales para el ejercicio de la catequesis. Y en su conclusión, se desea que toda la reflexión sobre la catequesis «se origine y fundamente en las enseñanzas del Concilio Vaticano II y de las posteriores y principales intervenciones magisteriales de la Iglesia» (DGC 286).

Pero, a este propósito, no es posible soslayar un problema muy presente hoy en la conciencia eclesial: la necesidad de repensar seriamente el modo actual del ejercicio del magisterio de la Iglesia.

UNA CUESTIÓN ABIERTA: EL EJERCICIO ACTUAL DEL MAGISTERIO ORDINARIO

El problema que plantea actualmente el ejercicio concreto del magisterio se enmarca en el contexto de la deseada reforma de la institución eclesial. Y todo porque estamos todavía lejos de haber asimilado y actuado el giro eclesiológico del Concilio Vaticano II.

Una Iglesia en estado de reforma

En el orden estructural e institucional, la acción de la Iglesia adolece actualmente de un lastre jurídico-institucional que compromete seriamente su credibilidad. De ahí que un proyecto evangelizador, hoy, no pueda ignorar el grave problema de la reforma de la Iglesia: «¿Qué cambios institucionales son necesarios para que la Iglesia entera se ponga con mayor determinación en situación de acoger y proponer el don de Dios en Jesucristo?»¹¹.

Se requiere un gran esfuerzo de revisión y de vuelta a lo esencial, una valorización efectiva de la *dimensión profética y carismática* de la dinámica eclesial, con sincera atención a los signos de los tiempos y a los impulsos del

¹¹ Les Évêques de France, Proposer la foi dans la société actuelle. III. Lettre aux catholiques de France. Paris, Cerf, 1997, 41.

Espíritu. Son muchos, hoy los que invocan una seria *reforma institucional* de la Iglesia, que afecta a personas y estructuras, órganos e instituciones¹². Entre los problemas aquí implicados destacan la urgencia de la *descentralización* organizativa, la actuación efectiva de la *colegialidad* episcopal, la superación de la *discriminación de la mujer*, la conversión evangélica del ejercicio de la *autoridad*, la institucionalización del *cambio*, etc. Se hace eco de esta demanda el documento catequético de *Québec*, al describir los rasgos del modelo de Iglesia que hay que promocionar: «*À quelle espérance l'Église est-elle appelée? (Ep 4, 4) - Une façon de faire l'Église*»¹³.

Hacia un modo nuevo de ejercer el magisterio

En este contexto de renovación eclesial no podemos ignorar la discusión actualmente existente, en el campo teológico-pastoral, sobre el *magisterio* y su ejercicio en la Iglesia de hoy. El giro eclesiológico del Vaticano II, sobre todo con su afirmación de que el magisterio no está sobre la Palabra de Dios, sino a su servicio (DV 10), trae consigo una nueva visión del sentido y aplicación del magisterio en las circunstancias actuales.

Efectivamente, el tema del magisterio está fuertemente condicionado por la visión eclesiológica en que se ubica. En la eclesiología preconiliar de prevalencia institucional, «jerarcológica», de la «societas perfecta» esencialmente «desigual»¹⁴,

¹² Entre las voces críticas que invocan una seria reforma eclesial recordamos: K. Rahner, *Cambio estructural en la Iglesia*, Madrid, Cristiandad, 1974; C. Duquoc, «Je crois en l'Église». *Précarité institutionnelle et Règne de Dieu*, Paris, Cerf, 2000; M. Kehl, *Wohin geht die Kirche? Eine Zeitdiagnose*, 4 ed. Freiburg/Basel/Wien, Herder, 1996; H. Krätzl, *Im Sprung gehemmt. Was mir nach dem Konzil noch alles fehlt*, 2 ed. Mödling, St.Gabriel, 1998; J.R. Quinn, *The reform of the Papacy. The costly call to christian unity*, New York, The Crossroad Publishing Company, 2000; B. Sesboüé, *N'ayez pas peur! Regards sur l'Église et les ministères aujourd'hui*, Paris, Desclée de Brouwer, 1996; C. M. Martini - G. Sporschill, *Coloquios nocturnos en Jerusalén. Sobre el riesgo de la fe*, Madrid, San Pablo, 2008.

¹³ Cf. *Assemblée des Évêques du Québec, Jésus Christ, chemin d'humanisation. Orientations pour la formation à la vie chrétienne*, Montréal / Paris, Médiaspaul, 2004, 36-38.

¹⁴ Cf. Y. M. Congar, *Ministerios y comunión eclesial*, Madrid, Fax, 1973; A. Anton, *Eclesiología posconiliar: esperanzas, resultados y perspectivas para el futuro*, en: R. Latourelle (Ed), *Vaticano II: balance y perspectivas veinticinco años después (1962-1987)*, Salamanca, Sígueme, 1989, pp. 278-281.

el magisterio se presenta como un poder que, desde fuera del pueblo, de alguna manera recae sobre el pueblo, reduciendo prácticamente el *sensus fidei* a simple asentimiento a lo que el magisterio enseña.

Esta mentalidad ha llegado incluso a reafirmarse, a lo largo del siglo XX y hasta nuestros días, por una exasperada interpretación de la doctrina del Vaticano I sobre el primado del Papa y la infalibilidad, en un sentido piramidal y excluyente¹⁵. Esta situación explica el malestar existente sobre la relación entre magisterio y teología y la necesidad de repensar también el papel del magisterio en relación con la praxis pastoral y la acción catequética de la Iglesia¹⁶.

El *giro eclesiológico del Concilio* invita a una visión renovada del magisterio y de sus cánones interpretativos. Se desea un modo nuevo de ejercer la función magisterial, poniendo en relación más satisfactoria los tres polos tradicionales del dinamismo del magisterio, «el necesario equilibrio entre el principio de presidencia, el principio colegial y el principio comunitario»¹⁷.

Efectivamente, no hay que olvidar que el desarrollo de la doctrina de la fe, como la evolución del dogma, se realiza por medio de estos tres factores, todos indispensables: el magisterio, la teología, y el sentido de la fe del pueblo cristiano.

Por eso es de desear que haya más diálogo entre el magisterio pontificio y el magisterio de los obispos, que normalmente están más en contacto con las diversas expresiones del *sensus fidelium*, y, en consecuencia, un ejercicio del magisterio más concertado, dialogal y colegial.

¹⁵ Cf. H. Legrand, *Herméneutique et vérité des énoncés dogmatiques en contexte œcuménique. Démarches catholiques actuelles*, *Recherches De Science Religieuse* 94, 2006, 1, pp. 53-76.

¹⁶ «Una reflexión seria sobre el problema del magisterio es sumamente útil en el campo catequético. Ahora bien, se constata hoy en la Iglesia una situación crítica y un malestar de fondo en relación con el magisterio oficial y respecto a las relaciones entre magisterio y teología y entre aquel y el pueblo cristiano»: F. Arduoso, *Il magistero ecclesiale, oggi/1. Magistero: tra dissenso e consenso. Identità e compiti del magistero*, *Catechesi*, 60, 1991, 3, pp. 6-16.

¹⁷ B. Sesboué, *Le magistère à l'épreuve*, Paris, Desclée, 2001 (*El magisterio a examen. Autoridad, verdad y libertad en la Iglesia*, Bilbao, Mensaje, 2004, p. 396).

Es una exigencia hoy muy presente en la Iglesia y un tema que, ciertamente, necesita ser profundizado, como ya en su tiempo advertía Congar. En la raíz del malestar se constata una situación de cierto «espléndido aislamiento» del magisterio respecto a otros carismas del Espíritu en la Iglesia y también, ciertamente, el peso de la historia. Walter Kasper ha podido observar que en el segundo milenio se ha impuesto en la Iglesia un «modelo jurídico» de la verdad que pone en el centro, no la verdad misma, sino sus mediaciones y la autoridad que la defiende. Se ha perdido de vista, de este modo, la visión clásica de los tres pilares de la fe: la Sagrada Escritura, la «regula fidei» y la sucesión apostólica¹⁸.

Todo esto nos lleva a la conclusión de que hoy, en el desarrollo de la dinámica teológica y pastoral, es importante poseer buenas *claves interpretativas también del magisterio eclesial*, con vistas a una acogida equilibrada y fiel a la tradición¹⁹. Sólo de esa manera será posible actuar una recepción «con espíritu» del magisterio de la Iglesia:

«La acción de escuchar con espíritu no es menos importante que la acción de proclamar y enseñar con espíritu. La asistencia que está prometida a la Iglesia, se refiere a ambos aspectos y se manifiesta, entre otras cosas, en el uso adecuado de las facultades y capacidades humanas, tanto por parte de los representantes del Magisterio como por parte de los creyentes que escuchan»²⁰.

En la labor interpretativa de los pronunciamientos del magisterio será importante tener en cuenta y distinguir la autoridad que los emana, la importancia del tema en cuestión, las personas a quien se dirigen, las fuentes alegadas y la forma en que se presentan²¹.

¹⁸ Cf. Arduzzo, *Il magistero ecclesiale, oggi*.

¹⁹ Esta labor interpretativa alcanza incluso los dogmas. Hervé Legrand nos advierte que «defender la «relatividad» de los enunciados dogmáticos no equivale a defender el «relativismo»»: Legrand, *Herméneutique et vérité des énoncés dogmatiques*, 54.

²⁰ P. Hünermann en: H. Denzinger - P. Hünermann, *El Magisterio de la Iglesia. Enchiridion symbolorum, definitionum et declarationum de rebus fidei et morum*, Barcelona, Herder, 1999, p. 43.

²¹ *Ibid.*, 44.

CATEQUESIS Y MAGISTERIO ECLESIAL

A la luz de lo dicho podemos colegir que, también en el ejercicio de la catequesis será importante aplicar una correcta y equilibrada interpretación de las directrices e intervenciones del magisterio eclesial. Y, a este respecto, los criterios a aplicar dependerán también del horizonte eclesiológico en el que nos coloquemos.

En una eclesiología de tipo institucional y jurídico, el recurso al magisterio se convierte en el punto de referencia y único criterio de verdad en el ejercicio de la catequesis. Es lo que refleja la concepción tradicional de la catequesis como enseñanza del catecismo, compendio de la fe, expresión autorizada del magisterio ordinario de la Iglesia. No será lo mismo en la visión eclesiológica renovada según el Concilio.

En su aplicación al campo catequético, dos son, sobre todo, las cuestiones que pueden interesar de modo especial en relación con el magisterio eclesial: la determinación de las *fuentes* de la catequesis y el tema tradicional de la *integridad* y «*ortodoxia*» del contenido de la catequesis.

La «fuentes» genuinas de la catequesis

En cuanto ejercicio del ministerio profético y anuncio de la palabra de Dios, la catequesis tiene como fuentes las mismas de la palabra revelada:

«La Palabra de Dios contenida en la Sagrada Tradición y en la Sagrada Escritura es meditada y comprendida cada vez más profundamente por el sentido de la fe de todo el Pueblo de Dios, bajo la guía del Magisterio, que la enseña con autoridad» (DGC 95).

«El ministerio de la palabra se debe fundar en la Sagrada Escritura, en la Tradición, en la liturgia, en el magisterio y en la vida de la Iglesia»²².

²² Código de Derecho Canónico (1984), canon 760.

La doctrina es clara: fuentes de la catequesis son la Sagrada Escritura, la Tradición y el magisterio de la Iglesia, «Tradición, Escritura y Magisterio, íntimamente entrelazados y unidos, son, “cada uno a su modo”, fuentes principales de la catequesis» (DGC 96).

No se debe pasar por alto la importancia del «cada uno a su modo», apoyado en DV 10, que especifica la función del magisterio en su relación de dependencia respecto a la Escritura y la Tradición:

«El oficio de interpretar auténticamente la palabra de Dios, oral o escrita, ha sido encomendada sólo al Magisterio vivo de la Iglesia, el cual lo ejercita en nombre de Jesucristo. Pero el Magisterio no está por encima de la palabra de Dios, sino a su servicio, para enseñar puramente lo transmitido, pues por mandato divino y con la asistencia del Espíritu Santo, lo escucha devotamente, lo custodia celosamente, lo explica fielmente; y de este único depósito de la fe saca todo lo que propone como revelado por Dios para ser creído» (DV 10b).

Existe por lo tanto un claro orden de importancia, dentro del orgánico de las fuentes de la catequesis, siendo la referencia principal, sin discusión, la Sagrada Escritura:

«La explicación de la Palabra de Dios en la *catequesis* [...] tiene como primera fuente la Sagrada Escritura, que, explicada en el contexto de la Tradición, proporciona el punto de partida, el fundamento y la norma de la enseñanza catequética»²³.

Esta prioridad de la Escritura debe ser criterio de base para el ejercicio de la catequesis. Y, en ese sentido, el recurso al magisterio no debe quedar desligado de esta referencia esencial²⁴. El magisterio pertenece ciertamente a la tradición eclesial, pero no es su única expresión. Y esto lleva

²³ Pontificia Comisión Bíblica, *La interpretación de la Biblia en la Iglesia*, 15.04.1993, IV, C, 3.

²⁴ Cf. Ch. Wackenheim, *Catéchèse, Ecriture, Magistère, Lumière et Vie*, 53, 1984, 169, pp. 99-110.

a una cierta relativización del *catecismo*, como fuente principal de la catequesis.

Los catecismos, que durante tanto tiempo han sido considerados como la fuente por excelencia del contenido de la catequesis, conservan una función reguladora, en cuanto expresión autorizada del magisterio ordinario de la Iglesia (cf. DGC 120-124). Pero todos, incluso el mismo *Catecismo de la Iglesia Católica*, deben conservar su relación subordinada con respecto a las fuentes primarias de la palabra de Dios:

«El Catecismo de la Iglesia Católica no es la única fuente de la catequesis, ya que, como acto del Magisterio, no está por encima de la Palabra de Dios sino a su servicio. Pero es un acto especialmente relevante, de interpretación auténtica de esa Palabra, con el propósito de ayudar a que el Evangelio se anunciado y transmitido en toda su verdad y pureza» (DGC 125).

Magisterio eclesial y contenidos de la catequesis

En el ejercicio de la catequesis, cuando se trata de precisar y decidir el tenor de los contenidos de la comunicación catequética o dirimir alguna cuestión discutida sobre su ortodoxia y autenticidad, deben entrar en acción los criterios interpretativos de las fuentes catequéticas.

En la catequesis de cuño tradicional, según el «paradigma tridentino», el criterio de autenticidad de la palabra era la conformidad con al magisterio jerárquico, al interno de una concepción eclesiológica prevalentemente institucional y jurídica. Pero este recurso resulta necesariamente problemático, pues remite a un criterio ulterior de interpretación del magisterio mismo e ignora de hecho la importancia de los carismas y del «sensus fidei» del pueblo cristiano. En su exclusividad, el criterio adoptado no permite dar respuestas satisfactorias a la variedad de interpretaciones del mismo magisterio.

En una renovada concepción eclesiológica será necesario respetar la complejidad y riqueza del dinamismo de la revelación y su encarnación en la historia, por medio del conjunto articulado y convergente de la referencia a Cristo, al Espíritu y a la comunión eclesial:

La *referencia a Cristo* se concreta en la fidelidad a la *Biblia* (especialmente al NT) y a la *Tradición* que se remonta a los Apóstoles (criterio de *apostolicidad*).

La *referencia al Espíritu Santo* y a su dinamismo renovador se manifiesta en la atención a sus diversas obras y frutos: la *praxis evangélica* de promoción de los valores del Reino (amor, servicio, paz, fraternidad, liberación, etc.); la práctica de la *edificación de la Iglesia*, como capacidad de edificar y pacificar la comunidad eclesial; la presencia de los *frutos del Espíritu* (bondad, paz, fortaleza, disponibilidad, mansedumbre, desinterés, etc. (cf. Gal 5,22).

La *referencia a la comunión eclesial* como garantía de autenticidad del mensaje transmitido. Para realizar esta comunión no basta el acuerdo con algún elemento eclesial, por muy importante que sea: se debe tender hacia la convergencia y consenso ideal con toda la Iglesia, en sus distintos niveles (local, particular, universal): en la fidelidad al *magisterio* de los pastores; en el ejercicio del «*sensus fidei*» de los creyentes; en la actuación de la *colegialidad* y *comunicación* dentro de la Iglesia; en la justa valoración de la «*receptio*» como forma de acogida de la palabra²⁵.

«Esta acción del Espíritu [para interpretar y formular la verdad revelada] la situamos de una manera más amplia que en el ministerio doctrinal de los obispos —incluido el de Roma—: en la predicación y catequesis corrientes, en la palabra de los profetas de nuestro tiempo, en el trabajo de los teólogos y en la acogida de estas diversas instancias por parte del Pueblo de Dios, es decir, el proceso de recepción, a veces lento y lleno de conflictos»²⁶.

²⁵ Cf. Congar, Ministerios y comunión eclesial, pp. 225-253.

²⁶ P.Tihon, ¿Hay dogmas prescritos?, Selecciones de Teología, 47, 2008, 188, 307.

Para una comunicación actualizada y convincente de la fe, hoy

Podemos resumir la norma concreta a seguir, acerca de la relación entre catequesis y magisterio ordinario de la Iglesia, diciendo que la catequesis debe, por una parte, considerar el recurso a los pronunciamientos del magisterio sin perder de vista el conjunto armónico de las *fuentes* de la catequesis, y por otra parte, saber utilizar en forma adecuada los *criterios interpretativos* de las manifestaciones del magisterio.

En todo caso, no hay que olvidar la genuina identidad de la acción catequética, en cuanto comunicación inculturada y significativa de los documentos de la fe. En su ejercicio concreto, la catequesis no puede ignorar ni los datos de la teología ni las diversas expresiones del magisterio de la Iglesia. Pero ella no se puede reducir nunca a ser divulgación teológica o simple eco del magisterio eclesial.